

todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presagio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia están en vuestras manos y en la de vuestros compañeros de edad: si sois irreligiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros, atraeréis con vuestros ejemplos y con vuestros discursos el pueblo extraviado á esta religion, única que puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas: yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que se os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado: os llamo á ser por vuestros principios religiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

UN código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano, desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legítimos, é impida sus excesos de modo que la amistad no degenera en débil condescendencia, el va-

lor en ferocidad, el amor á la patria en un sentimiento bárbaro y exclusivo; un código en fin que apoyado en dogmas invariables presente siempre al lado del precepto el mas poderoso motivo para practicarle; que ofrezca por los sacrificios que exige indemnizaciones inmensas, y que coloque á los que le observan bajo de la vista del Dios del universo que tiene en una mano coronas inmortales para alentar al hombre de bien, y hace brillar en la otra el rayo vengador para aterrar al malo: un código tan completo de leyes morales donde nada falte, ni en cuanto á la belleza de los preceptos, ni en cuanto á la eficacia de sus motivos, en vano le pediréis á la antigüedad pagana, no le hallaréis ni en la escuela de Sócrates ni en la de Zenon: este código perfecto es el Evangelio.

No es esto decir que no se puedan recoger de los diferentes sabios de los pueblos antiguos, preciosos fragmentos de moral; pero estos no son mas que máximas sueltas, y en cierto modo sumergidas en un mar de errores y de supersticiones. Platon está reputado por el filósofo mas grande de la antigüedad, y su tratado de la República pasa por una obra maestra de ingenio; pero basta recorrer su libro quinto para ver que toda su sabiduría no le habia liber-

tado de los mas vergonzosos errores. No, no hallaréis en ninguna parte cosa tan completa, tan pura en los preceptos, y al mismo tiempo tan poderosa en los motivos como el código sagrado del Evangelio.

Hubo una época en que los enemigos del cristianismo al mismo tiempo que impugnaban sus misterios y su culto, rendian de tal suerte homenaje á la belleza de su moral, que el mas sublime de nuestros oradores no tuvo reparo en decir en un discurso *sobre la divinidad de la religion* [1]: „Gracias á la misericordia divina, „los que temerariamente disputan todos los dias „sobre la fe, no niegan al cristianismo ser la „regla de las costumbres, y están acordes con „nosotros acerca de la pureza y perfeccion de „nuestra moral.”

Pero cuando en el último siglo se impregnaron en los entendimientos doctrinas groseras, cuando el egoismo se convirtió en sistema, y el ateismo heló los corazones, llegaron los hombres á ser incapaces de conocer cuanto hay de bueno, de bello y consolador en nuestros libros santos; ¡ni cómo, con una doctrina enteramen-

[1] Bossuet. II. Sermon pour le second Dim. de l'Avent. II part.

te brutal y sensual podia el materialista aficionarse á una ley que se dirige á sobreponernos á las cosas sensibles, y que nos manda sacrificar al deber las inclinaciones mas dulces en apariencia á la naturaleza? Así pues llegó á ser la moral evangélica el blanco de los ataques mas violentos de los sofistas. Porque el cristianismo prescribe el desprendimiento, se le acusó de condenar los hombres, las dignidades y las riquezas, y de inspirar hácia las cosas de este mundo una indiferencia y una apatía incompatible con el comercio, las artes y la industria, con la cual toda la sociedad se entregaria á un total abandono. Porque prescribe la humildad, se le acusó de predicar una virtud que degrada al hombre á sus propios ojos, que le hace indiferente á la estimacion pública, y que no le inspira sino ideas bajas y despreciables. En fin, porque declara la guerra á todas las inclinaciones desarregladas, persiguiéndolas hasta en el corazón; porque no contemporiza con pasion ni vicio alguno, y porque manda todas las virtudes, se le acusó de una severidad excesiva, y de imponer á débiles criaturas un yugo insoportable: de este modo la moral cristiana era en el sentir de sus detractores enemiga de la sociedad por el desprendimiento que manda,

degradante por la humildad que predica, é impracticable por la severidad de las obligaciones que impone. Vindicarla pues de estas tres acusaciones será el objeto del presente discurso.

Si hay alguna pasion fecunda en injusticias capaz de sofocar todo sentimiento de honor y de probidad, y de introducir la division y discordia en las familias, es ciertamente la avaricia, quiero decir, el amor desordenado de las riquezas y de los bienes de este mundo. ¿De dónde en efecto nacen esos fraudes tan comunes, esos medios de enriquecerse que cuanto son mas rápidos son regularmente mas ilegítimos, esas especulaciones crueles sobre necesidades ajenas que obligan á comprar un socorro momentáneo con una ruina mas tardía, pero al fin inevitable? ¿De dónde esa bárbara resistencia á pagar al jornalero y al criado el precio de su trabajo y sudor, esa violacion de las promesas mas solemnes, esas querellas que arman al hermano contra el hermano, á la esposa contra el esposo, y algunas veces al hijo contra el padre? ¿De dónde esas locas y temerarias empresas para llegar de repente al colmo de la fortuna, y que demasiado frecuentemente vienen á parar en ruinas vergonzosas, cuyas consecuencias son muy largas, y llevan el so-

bresalto, y acaso la miseria al seno de cien familias? ¿De dónde, señores, nacen todos estos desórdenes, y cuál es su origen principal? La avaricia. Cuando el amor desordenado de las riquezas se apodera de las almas, y cuando no se vive ni se respira sino para adquirirlas y para entregarse á los placeres que proporcionan; cuando un pueblo merece la reconvenccion que el poeta de la antigua Roma hacia á sus contemporáneos de posponer la virtud al dinero: *virtus post nummos* (1); ¿qué es entónces de la buena fe, del honor y de la nobleza de ideas y de sentimientos? ¿qué de las virtudes domésticas y públicas? ¿No será preciso que todo degenera y que todo se envilezca? ¿y no es entónces la avaricia una profunda sima á donde va á sepultarse el estado con las familias? Escrito está en nuestros libros santos que *la avaricia es la raiz de todo mal* (2), y en este caso ¿qué mayor servicio ha podido hacer el Evangelio á la humanidad que poner un freno á esta pasion devoradora? En esto como en todo lo demas brilla la profunda sabiduría del divino Legislador, y solo desnaturalizando su doc-

[1] Horacio. Epíst. lib. I, Ep. I, v. 54.

[2] I Tim. VI, 10.

trina se puede intentar combatirla. El Evangelio no proscribe el afecto legítimo y moderado á los bienes temporales, no señores; condena únicamente el apego desarreglado á ellos que no puede dejar de arrastrar á los mas funestos excesos. No consiste la virtud, á los ojos de la religion, precisamente en la indiferencia por los honores, en la pobreza y en el abandono de los cuidados domésticos y civiles. Se puede ser desinteresado en el seno de las riquezas, moderado en medio de la grandeza, así como avaro en medio de la miseria, y ambicioso y altivo en una condicion oscura; está en el orden de la providencia y de la religion que haya ricos y pobres, grandes y pequeños; y se necesita mucha ignorancia, ó á lo ménos mucha irreflexion para reprender al cristianismo las máximas que nos enseña sobre esta materia.

¿Dónde en efecto se ve que nuestros libros santos condenen las riquezas, y que su posesion deba ser considerada como un delito? Es cierto que no se halla en ellos un tratado sobre las riquezas de las naciones; pero enseñan á usar bien de los bienes de este mundo, sin colocar en ellos el principal afecto; amenazan al rico endurecido que no socorre al indigente, y presentan las riquezas como un escollo funes-

to: ¿y no nos enseña la experiencia cuanto irritan todas las pasiones suministrándoles los medios de satisfacerse? Si para consuelo de la mayor parte de la especie humana quiso Jesus nacer entre las privaciones de una condicion oscura, no por eso se desdeñó de tener por discípulos á hombres ricos como Zaqueo y José de Arimatea; y al rededor de su cuna se encuentran magos lo mismo que pastores. En su nombre manda el Apóstol á los ricos, no que se despojen de sus riquezas, sino que no se ensoberbezcan ni pongan en ellas sus esperanzas (1). ¿Y cuántos ricos, cuyo nombre se halla canonizado en los fastos de la Iglesia cristiana hicieron en todos tiempos de su opulencia el instrumento de sus virtudes? ¿En dónde condenan tampoco nuestros libros santos las dignidades? Es cierto que las presentan como cargas temibles, de las que darán algun dia los que las disfrutan una cuenta rigurosa: pero Jesucristo mismo ha canonizado la máxima de que debe *darse al César lo que es del César*; y uno de sus apóstoles nos enseña que las *potestades* han sido *establecidas por Dios* (2) para el reposo de las sociedades.

[1] Timot. VI, 17.

[2] San Mateo XXII, 21. Rom. XIII, 1.

¿Dónde en fin se ve que nuestros libros sagrados condenen el cuidado moderado de los bienes de la tierra, y la sabia y honrada industria que los conserva y aumenta? Sepamos distinguir en esto el precepto del consejo. Poseer los bienes de este mundo, sin buscarlos con ansia, usar de ellos con moderacion, saberlos perder sin murmurar contra la Providencia que los da y los quita segun quiere, he aquí el precepto; llevar el desinterés hasta un desprendimiento efectivo, renunciar no solamente al afecto á los bienes, sino á su misma posesion, este es el consejo. El precepto es para todos, el consejo solo es para algunos. Todo, señores, está dispuesto entre los hombres de tal modo que no hay que temer que un exceso de desinterés convierta la sociedad en un desierto.

El cristianismo ha contado desde su origen entre sus hijos hombres de todas clases. La religion no desordena las diferentes gerarquías y clases de la sociedad, sino que mas bien las consolida haciéndolas practicar sus obligaciones con una fidelidad mas constante y mas segura. No manda al magistrado bajar de la silla de la justicia para pasar al pié de los altares el tiempo que debe dedicar al ejercicio de sus funciones, al guerrero perdonar la vida al enemigo en

el día del combate, ni a la madre de familias abandonar los cuidados domésticos que debe á su esposo y á sus hijos, sino que por un rasgo de sabiduría admirable, designa á cada uno como primera obligacion la respectiva á su estado: no es bastante á sus ojos que el magistrado sea ilustrado, si no es justo; que el sacerdote sea de una conducta ajustada, si no es celoso; que el guerrero sea humano, si no es valiente; que los padres sean cariñosos, si no son vigilantes; que los hijos sean económicos, si no son dóciles; en fin, que los criados respeten á sus amos, si no son fieles. El Evangelio no condena la economía, sino la avaricia; no el tráfico, sino los fraudes que le deshonran; no las artes, sino el abuso que de ellas se hace para herosear el vicio; á nadie prohíbe la defensa legítima de sus derechos sino el espíritu de odio y de venganza que se mezcla con ella muy frecuentemente. Así pues, permánzca cada uno siguiendo el consejo del Apóstol (1) en la clase en que la Providencia le ha colocado. La religion no condena sino lo que es malo; todo lo que es bueno lo santifica y perfecciona, y suministra á los hombres nuevas y poderosas razo-

[1] I. Corint. VII, 20.

nes para practicarlo. Tal es la religion bien entendida, y nada he dicho que no esté reconocido por todos los moralistas cristianos: ¿con qué derecho pues se intenta atribuirle máximas que no son suyas?

Las acusaciones que hacen al cristianismo sus enemigos, no tienen ni aun el triste mérito de la novedad: ya hace catorce siglos que San Agustin respondió á la injusta reconvencion que hacian á la religion los paganos poco instruidos en su doctrina, de que perjudicaba al bien de las sociedades con sus máximas de mansedumbre, de desinterés y de perdón de las injurias. ¡Como! decian ellos, ¿quién es el que permite que le arrebatase los bienes su enemigo? ¿quién el que no procura volver mal por mal á los bárbaros que vienen á asolar las provincias del imperio? Es muy interesante ver lo que responde San Agustin á esta acusacion en su carta á Marcelino (1), personage muy distinguido por sus dignidades y su raro mérito. El santo doctor hace observar que los mismos autores profanos habian celebrado la clemencia como una virtud heroica, y que César habia sido alabado de que nada olvidaba sino las in-

[1] Epístolas CXXXVIII, n. 9 y siguientes.

jurias; que con las máximas evangélicas bien observadas, se unirían los ánimos, y se estrecharían los corazones mejor que con las instituciones de Rómulo y de Numa; que la caridad que prohíbe volver mal por mal, no impide que se castigue á los malvados, y que se les trate con la conveniente severidad; y últimamente, que no debemos imaginarnos que la sociedad prospere porque se levanten casas magníficas, porque se construyan teatros, y los ricos hagan gastos desmedidos, si al mismo tiempo se deja abandonada la virtud, en que consiste la verdadera hermosura de las almas; que Roma habia debido su grandeza á la austeridad de sus costumbres y de sus máximas; que la república habia caído en el momento mismo en que el espíritu de rapiña y de avaricia se habia apoderado de los ciudadanos y de los ejércitos; que entónces, como dice el poeta, los vicios habian esclavizado á Roma, y vengado al universo vencido por ella: *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* (1). Haced, añadia San Agustín, y con él lo decimos nosotros á los enemigos del cristianismo, á esos que acusan la doctrina de Jesucristo de perjudicar á la prosperi-

[1] Juvenal, Satira VI.

dad de los estados, haced que los esposos, los padres, los hijos, los amos, los criados, los magistrados, los guerreros y los reyes sean tales como manda el Evangelio, y entónces se verá si sus máximas bien practicadas no producen la seguridad y la prosperidad de los estados. Esta era en sustancia la respuesta de San Agustín, y ya veis cuán sólida es.

El sofista Bayle, y el entusiasta Juan Santiago son los que en nuestros tiempos modernos se han atrevido á decir que no podria subsistir una sociedad de verdaderos cristianos, como si el cristianismo no prescribiese como un deber todas las virtudes civiles y políticas: y como si condenase en las diferentes clases otra cosa que los vicios que las deshonoran. Montesquieu, ménos quimérico y mas justo para con la religion, responde á sus calumniadores con estas notables palabras: „Bayle, despues de haber insultado todas las religiones, „deshonra la cristiana, atreviéndose á sentar „que los verdaderos cristianos no pueden formar un estado capaz de subsistir. ¿Y por qué „no? Estos ciudadanos serian muy ilustrados „en sus obligaciones, y tendrian gran celo por „cumplir con ellas; conocerian muy bien los derechos de la defensa natural; y cuanto mas

„creyesen deber á la religion, tanto mas creerián deber á la patria (1) . . . ¡Cosa admirable „la religion cristiana que parece no tener otro „objeto que la felicidad de la vida futura, hace „tambien nuestra felicidad en la presente (2).”

Se ha imaginado poner un pueblo de cristianos al lado de un pueblo de espartanos, y con este sueño de la imaginacion se ha creido triunfar, diciendo que el pueblo cristiano se veria precisado á abandonar los principios de su religion, ó en caso contrario seria exterminado. ¿Y por qué lo seria? Es imposible dar una buena razon. Quiero examinar por un momento esta vana suposicion. ¿Tendria acaso ese pueblo de espartanos derecho para abandonarse á toda su ferocidad, en tanto que á los cristianos sus vecinos se les mandaria dejarse degollar impunemente? ¿Qué nuevo derecho de gentes es el que inventan los detractores del cristianismo? ¿Dónde se ha visto que la guerra esté absolutamente prohibida á los pueblos cristianos? Si el Dios que adoran se llama Dios de paz, tambien se llama Dios de los ejércitos; ¿y qué motivo mas legítimo puede tener un pue-

[1] *Esprit des Lois*, lib. III, cap. VI.

[2] *Esprit des Lois*, lib. III, cap. III.

blo para la guerra que el de conservar su existencia, su gobierno y sus leyes? ¿Es acaso una sociedad civil de cristianos una sociedad de cenobitas que se entregan en la soledad al olvido del mundo y de cuanto le pertenece? Y aun en semejante sociedad cristiana la primera obligacion de su caudillo seria velar por su seguridad y armarse para su defensa; y si así no lo hiciese con pretexto de desprendimiento, la religion misma le tendria por un cobarde prevaricador. ¿Qué rey hubo nunca mas cristiano que San Luis? pero tambien ¿qué otro conoció mas los derechos de su corona y supo defenderlos mejor con la espada en la mano? Uno de los mas grandes estadistas de los tiempos modernos, Jimenez de Cisneros, salió desde el retiro de un claustro para estar al frente de una vasta monarquía: conservó, es cierto, en aquél puesto toda la sencillez y austeridad de un solitario con respecto á su persona; pero no dejó de creerse obligado en conciencia á desplegar contra los enemigos del estado todo el aparato de la fuerza pública. Leed, señores, lo que Charlevoix y Muratori refieren de las poblaciones cristianas del Paraguay. Humanizados y civilizados por la religion aquellos naturales los vereis vivir en una inocencia de costumbres

que parecía realizar los tiempos fabulosos de la edad de oro; pero tambien vereis cómo se armaban para su defensa, vereis con qué ardor é impetuosidad caian aquellos fervorosos cristianos sobre sus enemigos, y que si eran mansos como corderos en presencia de los santos legisladores que los habian civilizado, eran tambien terribles como leones en los combates.

Las hazañas de los guerreros griegos y romanos han sido celebradas por historiadores y poetas que las han inmortalizado, ventaja que frecuentemente no han tenido los guerreros de los tiempos modernos; pero cuando una nacion cuenta héroes tales como Carlo-Magno, Felipe-Augusto, S. Luis, Duguesclin, Bayardo, Enrique IV, Turena, Condé y otros muchos que no nombro, no veo que tenga nada que envidiar en valor á la antigüedad. Nuestros libros clásicos ponderan mucho el sacrificio de Leonidas y de los trescientos espartanos en el paso de las Termópilas: fué sin duda alguna una accion hermosa; pero hablando de buena fe, ¿qué tropa francesa, cualquiera que se elija, no se muestra á la primera señal capaz de un sacrificio semejante? ¿Qué otra cosa presenta la historia de las órdenes religiosas y militares de la Europa moderna, sino una serie de prodigios inau-

ditos de valor contra los enemigos de la cristiandad?

Es cierto que el Evangelio no dice literalmente: amarás tu patria, como dice amarás á tu prójimo; pero prescribe sentimientos de benevolencia, de desinterés, de afecto; en una palabra, sacrificios de que se forma el amor de la patria. Cuando por obligacion de conciencia se obedecen las leyes, se respeta al magistrado, se paga el tributo, y se cumplen con fidelidad las obligaciones que á cada uno impone su estado; ¿no es esto ser un buen ciudadano? ¿Consiste en otra cosa el verdadero patriotismo? No tratemos de preconizar aquel amor feroz y exclusivo de la patria, especie de egoismo nacional que se alimenta de odio á todos los demas pueblos. El cristiano ama á todos los hombres; pero tiene para con sus conciudadanos un sentimiento de predileccion. El mismo Jesucristo autorizó el amor de la patria; lloró por Jerusalem, y se dolió de los males que la amenazaban. Y sobre esto dice Bossuet en su *Política Sagrada* (1) „que derramó su sangre mirando particularmente por su nacion, y que al ofrecer este gran sacrificio, que debia ser la expiacion

[1] Lib. I, art. VI, segunda proposición.

„de todo el universo, quiso que el amor de la „patria tuviese su lugar en él:” Queda examinada, señores, la inculpacion que se hace al cristianismo de ser enemigo de la sociedad por el desprendimiento que prescribe, y hemos visto que semejante inculpacion solo proviene de falsas nociones: paso á la segunda acusacion que se le hace de ser degradante por la humildad que prescribe, y en la que hace consistir el fundamento de la virtud.

Aquí es donde parece que el incrédulo puede esperarme con cierta confianza para oír qué podré decir sobre la humildad, como si este fuese un escollo inevitable en el que deban estrellarse todos los apologistas de la religion. ¿Qué cosa hay mas abyecta, se dice, que esa virtud que envilece al hombre á sus propios ojos, prohibiéndole estimarse á sí mismo, y que se dirige á desanimarle y á hacerle inútil á sus semejantes, prohibiéndole aspirar á la estimacion pública? Esta es, señores, la pintura de la humildad desfigurada por los enemigos del cristianismo, mas no la de la verdadera humildad cristiana; pero en esta materia, como en todo lo demas, bastará fijar la verdadera nocion de las cosas para asegurar el triunfo de la religion.... ¿Qué es pues la humildad? Es una vir-

tud por la cual el hombre, reconociendo que todo lo ha recibido de Dios, todo lo refiere á Dios: así lo hace el cristiano verdaderamente humilde; y de todo, riquezas, honores, salud, talento, ciencia, fortuna, de todo hace homenaje á Dios que todo se lo ha dado. San Pablo nos da la nocion, y á un mismo tiempo el motivo de la humildad cuando dice (1): „¿Qué cosa „tienes que tú no lo hayas recibido? Y si todo „lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?” ¿Y hay cosa mas luminosa y mas racional? Por mucho que un hombre se complazca y se admire en su interior de la multitud de sus riquezas, de la hermosura de su casa ó de la elegancia de sus vestidos y adornos, cualquiera conoce que estas cosas no son su misma persona, y que le son como extrañas; que muchas veces las poseen personas poco dignas de estimacion, y que el verdadero mérito consiste solo en las prendas personales. ¿Pero aun todas esas cualidades del entendimiento y del corazon, el talento, la ciencia y la virtud, y las demas de que nos ocupamos y gloriamos, son en realidad obra de solo el hombre? ¿Se ha dado él á sí mismo el ser y

[1] I. Cor. IV. 7.